



www.centrotorolidia.es

3. Destete, ahijado y herradero





Autor:

Juan Carlos Martín Aparicio

Coordinadores:

Raquel Posado Ferreras,
Rebeca Hernández García,
Juan José García García,
Daniel J. Bartolomé Rodríguez,
Noelia Muñoz Zazo

Fotografía:

Pedro Luis Martín

ita
C4L

Destete, ahijado y herradero

Como la parición ha concluido, más o menos hacia primeros de mayo, correspondiéndose a la retirada del semental por Santiago (25 de julio), y en la ganadería puede haber becerros nacidos en octubre (cubrición de enero) y los últimos de mayo, lo aconsejable es partir en dos el destete.

Es decir, los tempranos, nacidos entre octubre y primeros de febrero, destetarlos a primeros de junio y los tardíos, nacidos desde el 15 de febrero hasta el 15 de mayo, destetarlos a últimos de octubre. De este modo tendremos dos lotes dentro de la camada, todos con el mismo guarismo de año ganadero pero llevándose entre sí ocho meses (octubre-mayo).

La experiencia me indica que no debe destetarse una cría brava con menos de 5 meses y no debe tenerse con la madre más allá de los 7 u 8 meses. Hay ganaderos que destetan con tres y cuatro meses, pero esta práctica, admisible en especiales circunstancias, obliga a un gasto extra muy costoso de alimentación y manejo de los becerros, aunque debo reconocer que en algunos casos, repito, no tienen otro remedio que hacerlo así, por problemas de clima y espacio. Yo como ganadero lo hago como lo indico, y también la mayor parte de mis compañeros de la zona de Salamanca.

Hace algunos años, especialmente antes de la obligatoriedad europea de acrotalar, el ganadero de bravo tenía que



estar muy pendiente del destete de sus becerros ya que era, y sigue siendo, vital el correcto ahijado para su completa genealogía. Ahora, con el crotal, todo becerro o becerra está identificado desde su nacimiento y por tanto su eventual desahije no ofrece mayor problema.

Actualmente, también puede herrarse a fuego en cualquier época del año, faena que siempre se relegaba a los meses fríos, es decir, de noviembre a abril. Ahora, aunque sigue existiendo el problema de “la mosca”¹ en los meses de calor y el riesgo de las heridas, producidas por los hierros y las señales, los correctos tratamientos sanitarios, hacen posible herrar en cualquier época del año.

Vamos a describir el Herradero. Desde siempre el “bautismo de fuego”, como se llamaba al herradero, fue la primera faena del invierno y la más alegre, porque anunciaba el alta de la nueva ca-

mada en el inventario ganadero de la casa. “De hierro arriba...” se decía al hablar del número de cabezas de la vacada, no contando las crías en la relación oficial, que, tuvieran la edad que fuera, se consideraban “rastra” y por tanto no contaban.

A partir del herradero, casi siempre por Los Santos (1 y 2 de noviembre), los becerros pasaban a ser añojos, con nombre, número de orden y guarismo del año y señal en la oreja. El año ganadero era por tanto, de noviembre a noviembre (ahora oficialmente del 1 de julio al 30 de junio), es decir, que llevaban el mismo guarismo los nacidos en octubre, que los de mayo. Por ello se ha visto últimamente en las corridas de toros de la Feria de Salamanca, toros nacidos en septiembre del año 2003, que llevan el guarismo 4, que parecen utrerros, pero son toros, con 4 años recién cumplidos, pero toro, y pueden como tal lidiarse en una corrida.



¹ En el Campo Charro se utiliza esta expresión para referirse a las miasis cutáneas.

En la fecha del herradero, cada camada subía un año. Los erales pasaban a utreiros, los utreiros a cuatroños y así sucesivamente. El herradero siempre se hizo a mano o “a uña”, para ello había que desahijar previamente los becerros de las



madres, faena para mí bellísima y en donde se ponía a prueba la doma de los caballos y la destreza de los vaqueros.

Se hacía en un cercado, bien cerrado, cerca de los chiqueros de la plaza. Descubriremos su forma. A una esquina se colocaba la tropa de vacas paridas, bien arropadas con algún buey muy domado. En otra esquina dos o tres vacas viejas, paridas o “machorras”, que conocieran la faena, y la manada de bueyes. En medio, junto a la portera de salida, dos hombres bien tapados, a pie.

A caballo, al menos 4 jinetes. El mayoral o el ganadero, muy despacio, entraba en la tropa de vacas e iba sacando una vaca parida. Nada más traspasar el conjunto, se arreaba fuerte, hilaba con la pared, momento que intervenían dos jinetes, para que la vaca galopara fuerte hacia la puerta de salida de los alares, sin dejarla orientar, ni mirar para atrás buscando a su cría. Los hombres a pie estaban tapados para no espantar a la vaca,

sin perderla de vista, y cerrar inmediatamente, una vez la vaca fuera de los alares.

Se cuenta fácil pero no lo es. Los caballos, al amparar la carrera de la vaca, tienen que templar mucho, porque si se traspasa la cara de la vaca, ésta se vuelve por atrás a la querencia de la cría, y si no se arrea suficiente la vaca se vuelve a la tropa.

Al principio es más fácil, porque las vacas viejas conocen la faena, sobre todo las paridas con crías grandes, y salen con cierta facilidad, pero a medida que en la tropa van quedando pocas vacas, la dificultad se acrecienta, especialmente con las vacas nuevas de parición y las de crías recientes.

Una vez desmadradas todas, sin “envaerse” mucho porque los becerros beorean sin parar, hay que arrear con ellos para adentro, arropándolos con los bueyes.



Ya está la camada de becerros en los corrales. Del grande, ya sin bueyes, deben pasarse a los chicos, no al cubierto. Allí, entraba la cuadrilla (normalmente tres hombres) a coger de uno en uno. Al principio era fácil, pero cuando iban quedando pocos, al coger uno, el resto se arrancaban poniéndole “morado” a golpes. La cuadrilla cogía al becerro: uno a la cabeza, otro al cuerpo y el tercero a la cola.

Y con él salían a la plaza. Allí había que “caerlo”, volviendo la cabeza, para no estropear un pitón, momento que dos más le sujetaban las patas de atrás, metiéndole las piernas en los hijares. Inmovilizado, pero no atado, se le ponían los hierros: el ganadero generalmente la marca de la casa, y los vaqueros o familiares los números. El mayoral señalaba. A los

quemazones de los hierros se les daba aceite quemado.

Al concluir se quedaban solamente el hombre de la cabeza y el del rabo, para llevar al becerro hasta la puerta y allí soltarlo con su madre en los alares.

Al acabar la faena, había que proceder al ahijado, es decir, sacar la relación de cada becerro con su número a fuego, con el de su madre, operación que en el caso de becerros grandes, a punto de desahijarse, era complicada.

Los mayorales buenos (yo tuve uno que era un maestro) presumían de cantar a viva voz el número y nombre de la madre de los becerros cuando estaban echados en el suelo.



“No hay dos iguales...” me decía, y siempre acertaba, cuando yo después lo comprobaba en los alares con su nombre.

Años después, en vez de entrar la cuadrilla “a uña” al chiquero, el mayoral con una garrocha y una cuerda atada a la punta, enlazaba a cada becerro por la pata y ya salía casi caído, evitando así los golpes. Los hierros se calentaban en una lumbre, primero con leña encima, y después en una fragua con carbón, que necesitaba la participación del herradero profesional, para evitar quemar los hierros.

Ahora se desahija en los chiqueros y se hierran en el cajón. Los hierros se calientan en un tubo de gas propano y se inmoviliza a los animales utilizando otros métodos de contención. La señal de las



orejas (en mi caso no) tiende a desaparecer, y a los machos muchos ganaderos le dejan los antiestéticos crotales.

A la marca de la casa, se añade el número de orden, el guarismo del año y la marca o letra de la asociación (U, A, E, L y R) a que pertenece la ganadería. Se vacuna contra el Carbunco, se desparasita y se le inyectan vitaminas. Todo en presencia de

la autoridad (guardia civil) y del veterinario de cada asociación, que levanta acta del número y pelo correcto de cada animal.

El ahijado, al estar acrotalados, ya no es necesario, y la categoría y profesionalidad del mayoral, tanto como conocedor, como jinete, han desaparecido.



La camada, una vez herrada, se separa por edad y sexo. Se les administra un pienso a libre disposición durante el pri-

mer período, para racionárselo posteriormente, y evitar que los animales se "embastezcan".



Se comen patatas de herradero y se festeja el día del bautismo de fuego.

JUAN CARLOS MARTÍN APARICIO
Ganadero y Crítico Taurino